

CALLE DEL OJO SECO, ACTUAL CALLE GENERAL MACKENNA

CON LA CONSTRUCCIÓN DEL PUENTE DE CAL Y CANTO EN EL RÍO MAPOCHO EN EL SIGLO XVIII, NACIÓ LA CALLE DEL OJO SECO. DURANTE UN TIEMPO, FUE UNA “BOCA DE LOBOS”. PERO MEJORÓ SU CONDICIÓN Y ATRAJO A LOS VENDEDORES AMBULANTES.

Por Sergio Martínez Baeza

El principal puente que tuvo la ciudad de Santiago para cruzar el río Mapocho, durante los años anteriores a la República, fue el llamado Puente de Cal y Canto, sólido y hermoso, cuya construcción inició el famoso Corregidor don Luis de Zañartu en el mes de septiembre de 1767. Para financiar tal obra, el alto funcionario utilizó los fondos de la ciudad, llamados los “propios”, y gran parte de la renta del “ramo de balanza”, impuesto que pertenecía a la Corona y que se recaudaba en los mercados y comercios de la ciudad. Los planos originales fueron confeccionados por el ingeniero José Antonio Birt y la obra se llevó a cabo con rígida disciplina. El pesado trabajo del acarreo y acopio de materiales, que se extendió por doce años, fue confiado a los presidiarios condenados a trabajos forzados, los que debían permanecer encerrados en lúgubres barracones provisorios instalados en los pedregales del río. Aunque hubo muchas quejas por el trabajo agobiador a que eran sometidos estos obreros, el Corregidor Zañartu fue inflexible, vigilando las obras desde un altílo en las cercanías. En 1779 el puente pudo ser entregado al servicio público, aún sin terminarse del todo. Resultó ser una obra magnífica, grandiosa para su época, con doscientas veintidós varas de longitud y once arcos que dejaban pasar el agua del río y que la población dio en llamar “ojos de agua”. El último de estos arcos, hacia el sur, se ubicó más allá de la rivera y, como por él no corría el agua, se le llamó el “ojo seco” y generó primero un sendero y después una vía que llevó el nombre de “calle del Ojo Seco”. La gran avenida del Mapocho, del 16 de junio de 1783, causó muchos perjuicios entre el vecindario, lo que obligó al gobierno del Presidente Muñoz de Guzmán a ordenar la terminación de las obras, lo que se logró recién en 1782, justo el año de la muerte del Corregidor Zañartu.

La zona era un lugar de poblaciones pobres, aledañas a la llamada “Quinta de San Pablo” que doña Ana de Flores había regalado en 1678 a la Compañía de Jesús. Allí, los jesuitas tuvieron un convento para religiosos de su Orden Tercera y levantaron una iglesia bajo la advocación de San Pablo. Tras la expulsión de la Orden, en 1767, la propiedad fue Colegio de Naturales, para dar educación a niños indígenas, desde 1774 a 1786, año en que el establecimiento fue trasladado a Chillán. El edificio fue destinado a cuartel de Dragones y a Presidio y, hoy, totalmente reedificado, presta servicios como Cuartel de Carabineros. Pero, volviendo al tiempo de terminación

del Puente de Cal y Canto, cabe decir que en el sector norponiente del mismo empezó a crecer un sector de casuchas miserables que albergaba a quienes trabajaban en la proximidad del basural, transformado en 1818 en Mercado de Abastos por disposición del Director Supremo don Bernardo O’Higgins. Estos modestos trabajadores debían llegar cada mañana, con sus mulas y carretas llevando sus productos a dicho mercado, y optaron por seguir la senda más corta, pasando por este ojo seco del puente. De este modo se fue generando una calle, surgida espontáneamente, sin trazado de alarife y rodeada de humildes ranchos. Por las noches, el ojo seco del puente se transformaba en una boca de lobo, que nadie se atrevía a cruzar, por temor a ser asaltado. En los primeros años de la Patria Nueva, la calleja mejoró algo su condición y fue lugar de cita de vendedores ambulantes que ofrecían sus mercancías a los vecinos. El escritor Sady Zañartu menciona un pregón que dice fue habitual en este sitio: “¡Por diez cobres se corta el pelo, se dan porotos y se pasa en burro al otro lado!” y nos ofrece una copla que decía: “¡Allá viene Peiro - por el ojo’ el puente, - vendiendo empanadas - y humitas calientes!”. Otros autores mencionan las diversiones de la juventud de la época en los alrededores del Puente, donde se reunían para hacer guerrillas con palos y piedras. Se dice que los hermanos Carrera y sus amigos, entre los cuales figuraban Manuel Rodríguez y el futuro Arzobispo Valdivieso, tuvieron la costumbre de retar a jóvenes de la Chimba a batallas con piedras, a veces en la corriente misma del río, de la que solían salir contusos y mojados.

La calle del Ojo Seco fue mejorando su aspecto con el tiempo, y aumentó notablemente su población. René León Echaíz dice que, en algún momento, se la llamó “calle de las Contreras”, por unas vecinas de tal apellido, y no “calle de las Canteras”, como por error también se la menciona. En 1841, en el plano de Santiago del ingeniero Herbage, aparece con los nombres de “Petorca” y de “Hierro Viejo”, aunque debieron ser nombres de muy escasa duración, pues las autoridades le dieron después el nombre de “calle de Sama”, en recuerdo de la acción militar de esa denominación en las campañas de la Guerra del Pacífico (1879-1884). Mucho más recientemente, la calle tomó el nombre de “General Mackenna”, en honor de este ilustre militar irlandés al servicio de Chile, que fuera mentor de nuestro prócer don Bernardo O’Higgins y que falleciera en Buenos Aires, en 1815, en un lamentable duelo sostenido con don Luis Carrera.